María Zambrano: algunas reflexiones al final del centenario

JOSÉ LUIS MORA GARCÍA
Universidad Autónoma de Madrid

En más de una ocasión se ha dicho que difícilmente se puede amar a un motor inmóvil o que es prácticamente imposible enamorarse de un concepto por más que el *eros* juegue un papel fundamental tanto en la filosofía de Platón como en las que se inspiran en la misma. Quizá suceda lo mismo con el Dios que resulta probado en las vías tomistas, a las que como clavo ardiendo se agarran los estudiantes de selectividad por ser relativamente fáciles de memorizar. O, finalmente, tengamos los mismos sentimientos hacia los postulados kantianos de la razón aunque que sean la más clara prueba racional de nuestra "presumible" inmortalidad.

Valgan estas simples, casi simplistas consideraciones, para recordar el precio pagado por los ajustes a que la razón ha sido sometida en aras de la consecución de unos fines que han pasado siempre, tanto en el periodo clásico como en la modernidad, por la consecución del pensamiento objetivo, aunque fuera desde el inverso orden iniciado por Descartes o por el empirismo, tomando la subjetividad como base del nuevo orden igualmente objetivo.

Sabemos que el siglo XVIII reelaboró toda esta larga tradición que culmina con Kant. Sobre sus bases se construyeron la cultura y civilización que llamamos modernas, europeas más concretamente y que alcanzaron en el siglo XIX su realización en el ámbito del Derecho y de la organización política, por un lado, y de la economía y el desarrollo tecnocientífico, por otro. Apenas un cierto ajuste durante el Romanticismo hasta la llamada crisis o mal del siglo (XIX), según lo caracteriza acertadamente Pedro Cerezo. Hablamos de un tiempo en el cual las contradicciones del racionalismo y positivismo se vieron obligadas a compartir espacio con la quiebra de los principios que les dieron origen pues fueron, precisamente, los modelos de racionalidad, de unidad y de universalidad que hasta ese momento habían operado, los que se vieron desbordados. Bastaría recordar ahora el ascenso del proletariado, las reivindicaciones del papel social de la mujer y las progresivas emancipaciones de las colonias, primero las hispanoamericanas, luego los propios Estados Unidos hasta la apertura del mapa hacia África y Asia para explicarnos por qué las costuras de aquella racionalidad estalló.

El XX ha sido, en el campo de los modelos racionales, un siglo de reconstrucciones pero teniendo ya en cuenta la experiencia adquirida, es decir, mediante los análisis de los efectos producidos por las reducciones a que se había sometido a la propia razón para hacerla operativa. Sin duda, inició este proceso el modernismo que tuvo en los países del suroeste de Europa un especial protagonismo en el debate acerca de la legitimidad de las culturas y la reivindicación del individuo, tanto el de carne y hueso como lo individual-nacional, no exento ni de lucidez ni de ciertos excesos. Nuestros Unamuno, Baroja, Valle Inclán, de su juventud y primera madurez, con la influencia bien clara de Rubén Darío, contribuyeron con sus reivindicaciones a ese vivir literariamente que puede simbolizar, por ejemplo, *La vida de don Quijote y Sancho* o, en otro orden de cosas, a explicar actitudes ante la historia pasada o los acontecimientos de su propio presente. Con ellos la literatura reivindicaba un papel crítico en el debate acerca de las relaciones entre la razón y la historia que, si iniciado por la generación anterior, era ahora realizado con más ímpetu por los jóvenes escritores. Recordemos *La intuición y el estilo* de Baroja, a modo de ejemplo, pero en realidad toda la atmósfera de esta época recubría el debate acerca de qué verdad era superior a cual: si la derivada de la creación de una obra literaria frente a la reflexión filosófica (por ejemplo entre escribir una novela o la *Estética* de Hegel, asunto sobre el que Baroja se posicionó a favor de lo primero) o sobre la verdad del arte frente a la de los hechos históricos. Ahí podríamos colocar desde los *Ensayos sobre el casticismo* de Unamuno hasta el drama *Santa Juana de Castilla* de Galdós. Con ello

el tradicional núcleo duro de la racionalidad quedaba agrietado a la vez que se abrían otras posibilidades de ubicación para el individuo en relación con su mundo.

La generación de las vanguardias se encontró con esta disyuntiva y, no pudiendo ignorar el problema, optó por primar la razón pero adjetivándola. Ni este grupo ni los que les seguirán podrían ya prescindir del diagnóstico de la crisis de la razón realizado por los que conocemos como noventayochistas. Es una herencia sin la cual tampoco se entienden muchos de los planteamientos llevados a cabo por miembros de la generación de 1930 a la que pertenece María Zambrano.

Quien primero lo intenta es Ortega, catedrático de metafísica y orador en los teatros, cuya retórica simboliza las dificultades casi insalvables por asentarse en una ortodoxia que Nietzsche había dinamitado. Realizó, sin duda, indudables esfuerzos por la reconstrucción de la razón filosófica pero, en mi opinión, sus intentos de mediación incorporando elementos provenientes de la literatura tales como la circunstancia, la perspectiva, la vida misma como principio radical, entre otros, no fueron suficientes para superar del todo las críticas planteadas a la filosofía por la generación anterior. Cuando amargamente se quejaba, ya en sus años postreros, de que sus lectores no hubieran sabido entenderle que lo dado como literatura era filosofía y no al revés, estaba confesando un fracaso parcial.

La misma amargura que manifestó, en este caso una todavía joven María Zambrano cuando, en la redacción de *Revista de Occidente*, expuso a quien consideraba el maestro su propuesta de razón poética por vez primera. Era hacia 1934 y ya sabemos que nuestra filósofa salió llorando Gran Vía adelante. Este hecho indica dos cosas: primero, que Ortega había avanzado en la búsqueda de una nueva racionalidad que sustituyera a la emanada de la racionalidad moderna declarada insuficiente en la crisis de fin de siglo como hemos dicho anteriormente. La propia Zambrano le presentó su propuesta considerando que estaba dentro de los presupuestos presentados por Ortega en sus clases y en sus publicaciones. Incluso confesará años después que "creía, por entonces, estar haciendo razón vital y lo que estaba haciendo era razón poética" (*Los Cuadernos del Norte*, 1986). Segundo, que el avance había sido, cuando menos y como decíamos, insuficiente pues habiendo optado por la filosofía frente a la literatura no había podido superar los retos planteados por ésta. Seguramente fueron las "circunstancias" posteriores las que marcaron definitivamente la distancia para que María Zambrano diera el paso definitivo pues como ella confesará mucho después "la verdad de la poesía se me impuso también en la guerra de España" (*Espacio escrito*, 1987).

Precisamente, durante la guerra escribió varios artículos anticipatorios de ésta su posición temprana, entre ellos, además de los más conocidos como "La reforma del entendimiento español", el titulado "El nuevo realismo"[1] donde ofrece claves de mucho interés como anticipación al paso que dará definitivamente en *Pensamiento y poesía en la vida española* y *Filosofía y poesía* cuando sus tesis quedan ya fijadas. Fueron libros escritos poco después de su llegada a México como largas reflexiones sin apenas erudición que debieron traerle más de un disgusto a la vista de sus confesiones sobre las reacciones que los mismos produjeron en los colegas. María Zambrano había dado un salto que había sido imposible para Ortega y que podemos condensar en todo lo que significa la razón poética como programa no sólo teórico acerca de una forma determinada de hacer filosofía sino también como el compromiso inherente a la misma y sobre la proyección que para el hombre propone.

A partir de aquí, de las relaciones de la propuesta de Ortega y el paso dado por Zambrano, tres son los planos que se presentan a nuestra reflexión:

1. Donde Ortega propuso una articulación entre modelos de racionalidad, Zambrano defiende la unidad radical de la filosofía que tiene que habérselas con la ambigüedad de la

[1] *Nueva Cultura*, año III, núms. 6-7-8, 1937, pág. 28. Debo el conocimiento de este artículo a José Teruel, compañero del departamento de Filología Española en la Universidad Autónoma de Madrid.

novela y la plenitud poética. Estas son las preguntas que se hace María Zambrano: "¿En los tiempos que se abren viviremos -vivirán los que nos sigan- del conocimiento filosófico o de las figuraciones poéticas? ¿O no se estará preparando una unidad última entre Filosofía y Poesía, un mundo de conciencia y razón que sin disolver las imágenes de los héroes logre desencantarlos? Y ésta su respuesta: "No sabemos si será así, pero solamente en este caso, en la unidad de la filosofía y la poesía, encontrará nuestro Don Quijote su liberación; la liberación al par de los encantos del mundo y de su locura. Y con él, todas las figuras nacidas de los enrevesados ensueños de la esperanza. Y la esperanza suprema bajo diversos nombres y signos ha sido siempre para los occidentales una sola, la que lleva el nombre de Libertad"[2].

2. Donde se establecía un marco de valores en equilibrio horizontal -histórico- se opta ahora por la radicalidad que no elude la trascendencia pues la Libertad (con mayúsculas) exige algo más que la razón histórica y remite obligatoriamente a un origen (que no a un principio) donde pueda fundamentarse la salvación (con ella había comprometido también Ortega a la filosofía pero, según Zambrano, de manera insuficiente) y la esperanza. Sin duda, las experiencias vividas por ambos en los quince últimos años de la vida de Ortega, que coincidieron con los primeros quince del exilio de María Zambrano, marcan esta radical diferencia que se manifiesta en *El hombre y lo divino* donde queda clara que la poesía fue anterior a la filosofía por cuanto sólo ella podía acceder al ámbito de lo sagrado y rescatar ahí la necesaria figura de los dioses. La filosofía, nacida después, habría olvidado con frecuencia estos pasos previos a la historia y habría confundido el tiempo presente con todos los tiempos.

3. Donde se había colocado la postura intelectual que trataba de elaborar un proyecto racional que sustentara la acción de las minorías sobre el resto de la sociedad se asentaba ahora una postura moral de resistencia. Pronto sabemos esto por el propio testimonio de María Zambrano: no me "doblegué a nada oficial allá en mi tierra -le dice a Lezama- y Ud. no sabe lo que eso me trae" (Carta a Lezama Lima, 27 de octubre de 1939). La trayectoria seguida desde esa pronta confesión no haría sino avalarla. Bastaría ahora recordar las reflexiones sobre su propio exilio para completar su postura de compromiso radical y por qué se definió a sí misma como resistente.

En estos tres planos residen, en mi opinión, tanto el fuerte atractivo que esta mujer ha suscitado en la España que ha conmemorado el centenario de su nacimiento como la ambivalencia inevitable que la Filosofía académica ha mostrado durante mucho tiempo hacia su pensamiento. Si comparamos celebraciones similares a ésta podemos comprobar que la figura de María Zambrano ha traspasado con mucho el ámbito institucional para ser considerada como patrimonio común de amplios sectores de la sociedad que han visto en su vida el ejemplo del compromiso con las ideas que se profesan y la memoria a la que se quiere ser fiel aun con las dudas y vacilaciones propias de cualquier persona. Este atractivo ha aumentado al ser considerada como símbolo de quienes se vieron obligados al exilio, construido sobre el dolor de la salida, la Francia ocupada, la América querida pero distante… con el añadido de ser mujer y no haber dispuesto de una posición académica relevante. Con ella se ha recuperado al que ha sido -y será- último exilio de la historia de España. Ha habido, pues, una actitud de respeto hacia el testimonio que ella ha representado y por ello siempre el estudio de su obra ha estado vinculado con múltiples recuerdos de su vida trasmitidos por las muchas personas que la conocieron personalmente. Sin ello el centenario no hubiera tenido la carga emotiva que inevitablemente ha estado presente en intervenciones como las de Reyna Rivas o Sánchez Vázquez, por citar dos testimonios donde los sentimientos se hicieron más densos.

Sobre su pensamiento, en cambio, ha habido, en mi opinión, una postura casi inevitablemente bifronte pues hablamos de una obra hecha, en buena medida, al margen -no

[2] ZAMBRANO, M.: "La liberación de Don Quijote". Del texto inédito que se conserva en la Fundación. Figura escrito en 1947.

me atrevería a decir contra- la filosofía académica. La posición de ésta ha tenido que ser, por una parte, de recuperación de un pensamiento que la interpela y del que no puede prescindir sin riesgo de empobrecerse, pero, por otra, de cierta incomodidad al ver cómo su lenguaje, método e instrumental se muestran poco ajustados para interpretar un pensamiento de los calificados no sólo como "no sistemáticos" sino que hace de la no delimitación entre formas de conocimiento su razón de ser.

En otro lugar he hablado del proceso por el cual ha pasado la recepción de la obra de María Zambrano en España[3] desde aquel primer artículo publicado en *Ínsula* (1952) a instancias de Cernuda o la temprana referencia de Muñoz Alonso, pasando por el libro de José Luis Abellán, *Filosofía española en América* (1966), las primeras ediciones, los olvidos de los setenta hasta la posterior recuperación ya a mediados de los ochenta. Esta postrer recuperación se debe a dos motivos en cierta manera opuestos: de una parte la suavización introducida por la llamada postmodernidad en la relación de la filosofía con la literatura y la introducción en la era postmetafísica; de otra, la búsqueda de alternativas a la metafísica tradicional realizada por quienes sin querer renunciar a ella consideraban insuficientes las propuestas que la filosofía venía haciendo en la construcción de un nuevo humanismo. Nada tiene de posmoderna María Zambrano pero sabemos que ha sido muy crítica, al igual que Ortega, con el idealismo y positivismo modernos. No es azaroso, pues, que la fuerte recuperación de su pensamiento y de su figura sea un efecto de ambos impulsos, uno débil y otro, por decirlo de alguna forma y que las interpretaciones reflejen ese carácter dual.

El centenario pertenece a este último tramo, ya en tiempos de normalización donde se ha ido conformando un lector que se acerca a su obra como a la de cualquier clásico pero aún con las dificultades que conlleva no disponer de su obra completa, los problemas producidos por la enorme dispersión de sus muchísimos artículos, el orden seguido en la publicación de algunos de sus libros (que no se corresponde con el orden de la escritura) y las dificultades intrínsecas de una obra tan compleja con referencias a la pintura[4], la novela, la poesía, la música, la educación, la política…

Tres congresos internacionales se han celebrado en España y otro más en Roma con otros muchos actos de menor proyección; se han editado ocho monográficos de revistas, los grandes diarios nacionales le han dedicado las mejores páginas de sus suplementos de cultura; se han publicado seis libros colectivos, especialmente el libro del centenario que ha editado la Residencia de Estudiantes, ocho libros de autor y multitud de artículos en revistas filosóficas, literarias y en la prensa diaria. Se han reeditado varias de sus obras más conocidas y se han leído tres tesis doctorales sólo en 2004. Finalmente, García Sánchez ha dirigido la película *María querida* cuyo título define el propósito de la misma mejor que cualquier otro comentario[5].

Un gran esfuerzo intelectual y social que, debe decirse, ha mejorado notablemente el conocimiento que de su obra y vida[6] teníamos. A lo largo del presente año 2005 saldrán los libros que recogen las intervenciones en los congresos citados y con ello se completará un conjunto de estudios que serán la referencia de la recepción de su pensamiento al cumplirse los cien años de su nacimiento. Me atrevería a decir que ningún otro filósofo había merecido en España tanta atención ni siquiera quienes se le acercan, Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset.

---

[3] Congreso del centenario de María Zambrano (Vélez Málaga, abril, 2004). La ponencia se publicará en las Actas del mismo.

[4] Pocos filósofos han mantenido una relación tan fuerte con el mundo de los pintores. Valga como ejemplo la exposición que en homenaje a María Zambrano ha tenido lugar en el Museo de América de Madrid y en la que hubieran deseado participar más de 100 pintores. Finalmente han sido unos veinte cuyas obras quedarán permanente en el museo de arte contemporáneo de Vélez-Málaga.

[5] V. *Letra Internacional*, abril 2005.

[6] MARSET, J.C.: *María Zambrano. I. Los años de formación*. Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2004.

Más allá del juicio que merezca su filosofía desde un punto de vista, digamos, técnico, no cabe duda de que su propuesta de revisión de la razón moderna en los tres planos de que hemos hablado suscita, en los comienzos del XXI, un interés profundo entre lectores de distintas procedencias e intereses: poetas, filósofos, músicos, pintores, personas preocupadas por la política, la religión, la moral… por los asuntos humanos en definitiva. Quizá sea, porque nos recordó que el corazón comparte con el cerebro ser el lugar privilegiado de la razón y que debe haber un Dios o dioses dignos de ser amados porque contribuyen a la liberación del hombre y no sólo porque el universo necesite un motor inmóvil o la razón sus postulados. Y que el hombre, a su vez, debe esforzarse radicalmente por constituirse como persona y construir sociedades democráticas, dos realidades que se exigen mutuamente como garantía de libertad en la historia. Pues la historia puede ser la cruz o el sacrificio, como ella señaló, pero aún así debe ser afrontada. Junto a los razonamientos de su obra filosófica queda su testimonio personal como garantía. Y eso hemos creído percibir de auténtico tras la conmemoración.